La historia única "Nacional"

CATALINA URIBE



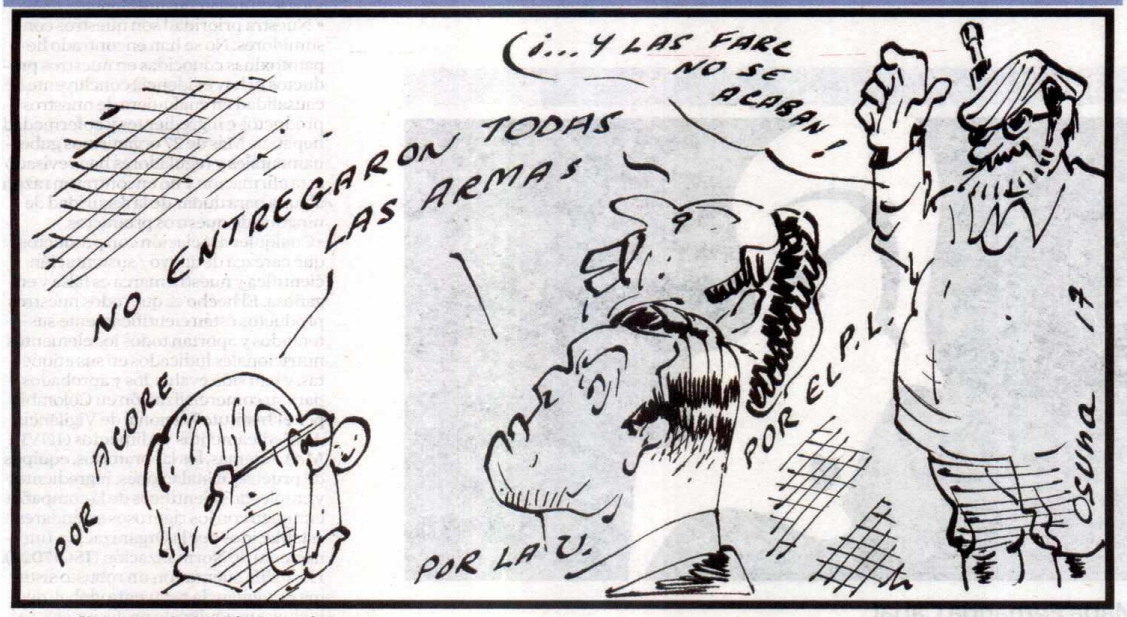
VARIOS MIEMBROS DE LA UNIVERSIDAD Nacional se indignaron con el manejo que le dieron algunos medios de comunicación a la noticia de los capturados por el atentado terrorista del Centro Comercial Andino. Su indignación es, sin duda, justificada. Claramente se estigmatiza a la institución educativa cuando se repite una y otra vez que los capturados y otros miembros del Movimiento Revolucionario del Pueblo pertenecen a la Nacional. Así la información pueda ser cierta, no es siempre relevante, ni informativa, ni noticiosa.

No obstante, esta forma de estigmatizar es la nueva norma de nuestro discurso público. Parece ser que entre colombianos sólo podemos comunicarnos a través de historias únicas. Nos hacemos una idea de lo que es un estudiante de la Nacional, uno de los Andes, , un uribista, un santista, un partidario del proceso de paz, un miembro de una comunidad religiosa, un comerciante, y así, y desde ahí, y sólo desde ahí, nos relacionamos. Nos metemos en categorías casi científicas y nos diseccionamos como sapos. Hace poco en una reunión alguien expresó algunas reservas frente al desarme de las Farc a lo que otro le reprochó: "Uribista", como si no fuese posible disentir sin ser tildado de "uribista" o "castrochavista" o "elitista" o "revoltoso".

Una de las virtudes de los humanistas clásicos era que su formación les exigía exponer los puntos del lado contrario antes de presentar los propios. Por supuesto, recoger los argumentos opuestos no hace que una opinión sea ni mejor ni más verdadera, pero sí la hace una opinión más moderada, menos dogmática, más abierta, menos autocomplaciente, y menos agitadora y belicosa.

Los colombianos hemos vivido el estigma de ser los receptores de una historia única. Seguimos quejándonos de que las demás naciones nos tachen de narcotraficantes. Tenemos hasta un grupo en redes sociales llamado "Colombia no es Pablo". Pero mientras buscamos salir del discurso de una sola historia hacia fuera, nos atrapamos en historias únicas hacia adentro. Uno de los grandes retos del posconflicto es precisamente superar la vanidad de las palabras.

Osuna



Aguafiestas del "día histórico"

Evidencia científica

MELBA ESCOBAR



ERAN TURISTAS LOS 170 TRIPULANtes. Estaban de paseo en ese pueblo pintoresco y querido donde buena parte de los colombianos hemos pasado aunque sea una tarde. Nueve muertos y dos desaparecidos por cuenta de un barco que naufragó en el embalse. No llevaban chalecos salvavidas. Muchos de los barcos (casi todos) están hechos de manera artesanal, en talleres empíricos, en una población que vive del turismo. Qué tragedia para las familias, momentos antes tan felices de estar en un barco un domingo, y qué infortunio para los lancheros, para Asobarcos, para todos los pobladores, artesanos, comerciantes de un municipio que vive de sus visitantes. La historia es desoladoramente triste. Contrasta el ambiente festivo del pueblo multicolor con el naufragio. Y saber que se podía haber evitado.

Tragedias similares no faltan en nuestro país. De esas donde está uno absorto en la noticia de un acontecimiento ocasionado principalmente por la estupidez, el descuido, la desidia o la falta de previsión frente a la evidencia, que acaso son la misma cosa.

En enero pasado cayó un puente colgante en el Meta dejando siete muertos (entre ellos tres niños) y 13 heridos. Entonces lo dijeron los pobladores, la caída era una tragedia anunciada. Que en un fin de semana 13.000 turistas atravesaran un colgadero sostenido apenas por tablas y cuerdas podridas era una proeza milagrosa. Y no faltaba quienes repetían: se va a caer, el puente se va a caer. Hasta que se cayó.

Y qué decir de Mocoa, 130 muertos en una tragedia natural prevista. O la caída del edificio Space de El Poblado en Medellín, 12 muertos. Y hace tres años, en Fundación, Magdalena, cuando el incendio de una buseta cobró la vida de 33 niños y un adulto. Los pasajeros venían de un culto religioso de la Iglesia pentecostal. Pero el punto es que el bus no contaba con SOAT, ni revisión técnico-mecánica.

¿Qué nos lleva a desafiar la evidencia sistemáticamente? ¿Creemos que las pruebas son una creencia más? El método científico no es un acto de fe y no da lugar a segundas interpretaciones. Entre más capaces seamos de entenderlo y asumirlo racionalmente, más preparados estaremos para afrontar la realidad y evitar nuevas catástrofes.

No sé cuántas veces he escuchado a alguien decir "con la ayuda de Dios", aun ante las acciones más irresponsables y temerarias. Dejar todo en manos de Dios, el destino o la suerte, es equivalente a equiparar la fe a la evidencia. Es también una manera de evadir la responsabilidad de nuestros actos.

Sin duda, cada quien tiene derecho a sus propias opiniones. Lo que no ocurre es que haya hechos a la medida de las opiniones de cada quien. A los hechos hay que creerles, pues son evidencia de un sistema, de un proceso, de una realidad incuestionable.

Así como un bus en mal estado, sin los controles mecánicos, bien puede arder en llamas, (en especial si lo intentan prender echándole gasolina con pasajeros dentro); así como una embarcación mal construida, o en malas condiciones, puede naufragar, así mismo la entrega de las armas por parte de las Farc es prueba inefable de su voluntad de paz. Se llama evidencia científica y no da lugar a opiniones personales.

@melbaes

Guaduas

JOSÉ FERNANDO ISAZA



MIÉRCOLES 14 DE JUNIO DE 2017, 5 a.m. Se oyen ruidos de explosiones de pólvora; no era una toma guerrillera a la población, simplemente fue la alborada que da inicio a las fiestas locales. No hubo miedo entre turistas, se sabía que las Farc llevaban casi dos años de cese al fuego y para la fecha estaban desmovilizadas y la entrega de armas alcanzaba el 60 %. Años atrás ese incómodo despertar hubiera hecho pensar en un ataque a la población. Basta recordar que a pocos kilómetros se encuentra el Alto del Trigo, sitio de un enfrentamiento entre Ejército, guerrilla y población civil.

Hoy, no sólo se puede ir a las fincas; es también posible recorrer buena parte del territorio sin la angustia de un asalto o de ser víctima de un secuestro en la modalidad de las llamadas pescas milagrosas. Estamos viviendo en un país, si no en completa paz, sí en uno que logró desmovilizar a una guerrilla activa por más de medio siglo.

Es sorprendente el cambio de roles que está viviendo la sociedad. Cuando los antiguos comandantes de las guerrillas y aun los guerrilleros rasos hablan, generalmente, se expresan así: "Cambiamos las armas por la palabra, las balas por los votos; nunca más recurriremos a la violencia para obtener fines políticos; reconocemos el daño que se causó a la población civil en esta prolongada guerra; confiamos en los acuerdos firmados y entregaremos la totalidad del armamento aun antes de haber obtenido la seguridad jurídica de los acuerdos". Por el contrario, los dirigentes del Centro Democrático, en sus discursos, plantean volver añicos los acuerdos, modificar lo pactado entre el Gobierno y la guerrilla. Hay una incitación permanente a que se eche atrás la paz negociada y se vuelva a la confrontación armada. Parece que su único ambiente para hacer política es un país en guerra. Sueñan con una victoria de tierra arrasada y olvidan que durante los dos periodos de gobierno no pudieron, como era su deseo, derrotar militarmente a la guerrilla, empleando, eso sí, todas las formas de lucha, entre ellas el desconocimiento y el atropello a los más elementales derechos humanos.

Un observador externo diría que los excombatientes guerrilleros se están apropiando del lenguaje de los estadistas, y quienes deberían, por su condición de dirigentes políticos, emplear un lenguaje que no incite a la violencia la invocan con sus palabras.

Hacer una campaña con la bandera de no cumplir los acuerdos de paz es, simple y llanamente, incitar a un resurgir de la insurgencia. ¿Por qué le molesta al Centro Democrático un país que se encamina a la paz? ¿Cuánta más sangre será necesaria para satisfacerlo?

Que los acuerdos tienen un alto grado de "impunidad" es cierto; no se negoció con una guerrilla derrotada militarmente. La "impunidad" no sólo cubre a los guerrilleros, también cobija a los militares que violaron las leyes de la guerra. Las leves sanciones a quienes cometieron delitos de lesa humanidad son el costo que debe asumirse para iniciar el tránsito a un país en el que se renuncia al uso de las armas como medio de hacer política.

Debe buscarse que las negociaciones con el Eln avancen más rápidamente. Esta organización ilegal armada tiene que entender que ni la sociedad colombiana ni la comunidad internacional están dispuestas a aceptar prolongadas negociaciones mientras se acepte como arma de lucha el secuestro y el ataque a los civiles.